REPRESENTACION

DIRIGIDA

AL REY DE ESPAÑA.

Burdeos, Imprenta de Lawalle jóven, paseo de Tourny, nº. 20.

REPRESENTACION

DIRIGIDA

AL REY DE ESPAÑA,

POR UN ESPAÑOL QUE ACABA DE REGRESAR DE MÉJICO,

Sobre el reconocimiento de la independencia de América, en que se prueba:

1°. La imposibilidad física de reconquistar ninguna parte del continente americano;

2°. Los gravísimos perjudicios que causa á España su larga guerra con América;

3°. Que la guerra es impolítica y contraria al mismo fin que se propone.



BURDEOS.

Casa de Carlos Lawalle sobrino,
Paseo de Tourny, N°. 20.

1829.

REPRESENTACION

DIRIGIDA

AL REY DE ESPAÑA.

SEÑOR,

En esta terrible época para los españoles, en que por todas partes se ven envueltos en mil persecuciones y desgracias, causadas por un concurso funesto de circunstancias, la misma fuerza del mal parece que autoriza aún á los de humilde condicion para elevar su voz hasta el trono en solicitud de algun remedio, y mas cuando V. M., animado sinceramente del deseo del bien, solo

anhela por los medios de reparar tantos males. Entre estos el de mayor tamaño en concepto del que suscribe es la guerra de América, esa guerra de diez y nueve años , esa guerra en que se han consumido tantos hombres útiles, y que agota el erario de V. M. Esta consideracion , el conocimiento práctico que he adquirido de la opinion de los hispano-americanos en algunos años de residencia en Méjico, y el mas ardiente deseo de ver removidos los fuertes obstáculos que se oponen á que España recobre el rango que la pertenece, me han impelido á dirigir humildemente á V. M. las siguientes observaciones, que si bien podrán considerarse inoportunas, nacen de la mas pura intencion y de los mas fervientes votos por la sólida gloria de V. M.

Con el acatamiento que corresponde, espondré á V. M. : 1º. que es absolutamente imposible reconquistar ninguna parte del continente americano, y particularmente el antiguo imperio de Moctezuma, y que es mucho mas imposible todavía conservar la reconquista; 2º. que cada año que pasa España en guerra con sus colonias de América, crecen en progresion los mas enormes perjuicios; 3º. que de consiguiente la guerra que se sostiene contra América es impolítica y contraria al mismo fin que se propone.

Todo concurre, Señor, á probar la imposi-

bilidad física de reconquistar el continente americano: la distancia de aquellos remotos paises, la estension de su territorio, y la opinion de sus naturales. La historia, es verdad, nos manifiesta que á pesar de esto han sido regidos tres siglos por el cetro español; pero la misma historia hace ver que América ha estado sujeta á España hasta la época crítica en que lo han estado todas las colonias á sus metrópolis, esto es hasta que han adquirido la fuerza necesaria, y sus naturales la voluntad de sacudir el yugo. Los hispano-americanos, hace un siglo, no pensaban siquiera en ser independientes, ni se imaginaban que pudiesen existir de otro modo que bajo el gobierno español; y la guerra de sucesion prueba esta verdad, pues vacante el trono por muchos años de una sangrienta guerra, las colonias españolas se conserváron sumisas, y se sometiéron sin ninguna dificultad al augusto abuelo de V. M. Pero pasó un siglo, sobrevinó una crísis semejante á aquella, y la diferente conducta de los americanos hizo ver que no eran los mismos de la guerra de sucesion. Apenas supiéron la invasion de la Península y el cautiverio de V. M. y real familia, se aprovecháron de la oportunidad, y conociéron que era llegado el dia de la independencia. En todas partes se formáron juntas, y sin previo concierto manifestáron un mismo

voto, una misma resolucion. Protestáron, es verdad, su fidelidad á V. M.; pero se negáron á reconocer el gobierno provisorio de España, bajo el pretesto de que eran súbditos de V. M., no de los españoles. En Méjico no se hizo tan fácilmente la separacion, pero el mismo Virey estaba en el complot que debia verificarla por el mismo órden y bajo los mismos pretestos que en la América meridional, y si los españoles desbaratáron el plan, en cambio estalló una sangrienta insurreccion. Desde entónces todos los hombres de estado imparciales conociéron que la independencia de la América española era inevitable, porque estaba fundada en la voluntad unánime de todos sus naturales, tanto indígenas como criollos; y los sucesos posteriores han confirmado esta opinion. Las armas de V. M. consiguiéron repetidos triunfos sobre los independientes, pero sucedió lo que acontece en toda guerra nacional: al dia siguiente de la victoria empezaba una nueva campaña, y en el momento en que los soldados españoles se lisonjeaban con las satisfacciones del triunfo, se veian bajo el cuchillo de los independientes. Recuérdese sino el fin desastroso que tuvo el brillante ejército que en 1815 envió V. M. contra Venezuela: despues de mil sucesos se encontró enteramente debilitado y con enemigos superiores, que aca-

báron por destruirle. Tal es el fin que siempre han tenido los ejércitos que pelean contra naciones insurreccionadas. Un pueblo, por despreciable que sea, siempre será superior á un ejército, y mas, léjos del país de su orígen. La historia antigua y moderna nos ofrece en todas sus páginas esta verdad; y nosotros sentimos todavía los tristes efectos de los sacrificios infructuosos que hizo el poderoso Felipe II contra los pescadores holandeses. Los mismos conquistadores han convenido en la máxima conocida de que todo pueblo que unánimemente quiere ser independiente, lo será.

Pero aunque en los consejos de V. M. se convendrá en este principio, no se juzgará acaso aplicable á la América española, por creerse generalmente entre nosotros que no hai tal unanimidad de opinion en los americanos, y que los mismos que un dia fuéron independientes, cansados ya de los disturbios civiles, estan dispuestos á volver de buena voluntad al régimen colonial; y esta errada opinion, fundada únicamente en las sugestiones del amor propio que nos hace ver todo lo que deseamos, es la causa principal de que aún se hagan tan costosos esfuerzos para conseguir una quimera. Señor, es preciso decir la verdad sin rebozo: la antigua administracion del consejo de Indias no tiene

partido ninguno en América; todos los americanos quieren tener en su tierra un gobierno propio é independiente, todos se lisonjean con la idea de obtener los cargos y oficios, y administrarse justicia sin tener que recurrir á Madrid; y los amigos de los españoles se lamentan del empeño del gabinete en querer recobrar un dominio que absolutamente les es odioso. Los americanos difieren de opinion sí, pero es sobre la cuestion secundaria de la forma de gobierno porque deban regirse. Estan divididos y en continuas guerras civiles porque acaso todavía no han llegado á adoptar un sistema político conforme con su carácter, costumbres é ilustracion; mas no se crea por esto que ningun partido proclame el antiguo órden de cosas. En mi residencia en Méjico he adquirido este convencimiento; he visto que todas las clases, sin esceptuar la eclesiástica, quieren la independencia; he visto que en medio de la anarquía, ni una sola voz se ha levantado en favor de la administracion española, y que ni los hombres de mas influjo, desde la primera insurreccion, han podido defender á los españoles domiciliados allí, y hechos mejicanos por el acta de Iguala. Sobre la cuestion de independencia, los americanos, léjos de disentir, se han convenido mas y mas cada año que ha corrido desde el 1821. Antes

de aquella época, una gran parte de los criollos mejicanos peleáron en las banderas de V. M. contra los primeros insurgentes, á causa de los planes sanguinarios con que empezáron sus operaciones; pero desde que Iturbide proclamó la independencia y la union, un mismo sentimiento animó á todos los mejicanos; y fué tal el entusiasmo que cundió por todas las clases, que se vió en Méjico á las mismas religiosas abrir sus claúsuras para ver y obsequiar al caudillo de Iguala, cuyo nombre es aún tenido en veneracion, á pesar de su desastrado fin. Hai pues en Méjico y en toda la América española un verdadero espíritu nacional: todas las pasiones, todos los intereses se reunen contra el dominio de los españoles, ¿y porqué? porque es llegada la época de su emancipacion, que Humbold previó á principios de este siglo, así que observó la rivalidad y encono que ya existia entre criollos y españoles; y en fin porque no está en el órden natural que las grandes regiones americanas sean gobernadas por un monarca residente en Europa; que si ha sucedido hasta aquí ha sido solo por el consentimiento de los americanos, que han variado enteramente de voluntad, y á quienes de consiguiente es imposible sujetar.

Y en tal estado de cosas, ¡cuan doloroso no debe ser á un buen español ver á su Rey de-

bilitar sus fuerzas en una empresa que no puede tener ninguna recompensa! En política nada valen las pasiones; es menester que los cálculos mas exactos y tranquilos precedan á las operaciones. ¿Y en qué cálculo se funda la última espedicion militar de la Havana contra Méjico? ¡Qué! ¿con cuatro mil hombres, y proclamas á nombre de V. M. se cree seriamente reconquistar el inmenso territorio de los aztecas? Y despues de pasados ocho años en preparativos, ¿son estas las fuerzas que corresponden para llevar al cabo empresa de tal tamaño? Pero se cree que los mejicanos, á causa de la última revolucion y del saqueo de Méjico, estan absolutamente sin recursos; que no tienen ejército, erario ni gobierno, y que estan convenidos en entregarse al primero que llegue; se cree ademas que las tropas españolas son superiores á las mejicanas. Estas son suposiciones muy gratuitas, contrarias á los hechos mas palpables, y que nos ridiculizan á los ojos de la Europa. Los mejicanos actualmente tienen mas de veinte mil hombres de tropas de línea, y pueden en el momento duplicar y triplicar el número con milicias nacionales y gentes del campo, superiores á los europeos para hacer la guerra en aquel fragoso país. Obsérvese sino las insurrecciones que ha habido desde el año 1827, pidiendo la es-

pulsion de españoles, y en todas se han visto gran número de gentes del campo de toda casta tomar las armas en guerrillas, que solas bastan para fatigar y consumir el mejor ejército que se enviase de Europa. Si su erario está exhausto, si estan en anarquía, esto no impide que puedan repeler una agresion, pues al contrario la historia nos enseña que los pueblos en tales circunstancias han hecho esfuerzos giganteos por su independencia, porque todos los medios de los particulares se consagran á la defensa pública, porque el mismo desórden y falta de formalidad ponen en manos de los militares justa ó injustamente cuanto es necesario para mantener un ejército. Los primeros sucesos de la espedicion de la Havana acreditarán la exactitud de estas aserciones. Los mejicanos estan unidos en el punto de independencia; los españoles llegan á disputarles este punto, aunque con ofertas lisonjeras, luego todos los mejicanos concurrirán contra los españoles. Este silogismo no tiene réplica, probada la exactitud de las premisas. Por otra parte la política aconsejaba no debilitar las fuerzas que contienen en la obediencia á la isla de Cuba, cuyos naturales, es innegable que suspiran por la independencia con tanto ardor como los demas americanos, á pesar de sus temores de la gente de color; y

seria á la verdad muy problemática su suerte el dia en que Méjico y Colombia atacasen de concierto la isla, y pusieran en combustion los infinitos materiales que en ella se amontonan para un general incendio.

Los soldados españoles serán quizá superiores á los mejicanos peleando en línea; pero esta superioridad es ilusoria si se compara su número con el que los mejicanos pueden oponerles, y si se toma en consideracion que aquellos no necesitan dar batallas campales para arrojar á los españoles, pues que desde Veracruz á Jalapa solamente hai mil Termópilas en que sin necesidad del heroismo de Leonidas pueden derrotarse los ejércitos de Jerges. Así sucedió en la insurreccion, y eso que entónces la parte principal de los criollos peleaba en favor de España. Por eso las armas de V. M. se sostuviéron tanto tiempo victoriosas, porque las mismas tropas mejicanas peleaban contra los mejicanos. Pero ahora, Señor, ¡qué diferencia! Aquellos mismos gefes que conducian las huestes reales son los que atacarán á vuestras tropas, sin que se encuentre ningun hombre de sentido que dé oidos á las promesas españolas, porque saben mui bien que Méjico en ningun caso podrá ya regirse por vireyes. No, Señor, nunca podrá ya someterse ni incorporarse á la monarquía española;

y si en lugar de la pequeña division espedida desde la Havana se enviase un ejército de veinte ó treinta mil hombres, á costa de enormes sacrificios, cuya sola idea debe arrancar lágrimas á los buenos españoles, el resultado seria el mismo. Ese ejército solo dominaria en el terreno que ocupase, y es imposible ocupar el vasto territorio mejicano; se consumiria en marchas y operaciones militares, y sin tener medio de remplazarse, causaria vejaciones inevitables en toda guerra, que pondria en armas á los habitantes, se veria en fin obligado á sucumbir por su debilitamiento en razon inversa al aumento de fuerzas de una poblacion entera insurreccionada.

Creo, Señor, haber indicado algunos de los insuperables obstáculos que se oponen á la reconquista de América; y me será todavía mas fácil demostrar la imposibilidad de conservar la reconquista. Esta es siempre mas odiosa y mas impracticable que la conquista, y por eso vemos en la historia muchas conquistas, pero muy pocas ó ninguna reconquista. Y aplicando esta observacion á Méjico, si fuera posible realizar la reconquista, inmediatamente despues se presenta un problema bien difícil de resolver para todo hombre de prevision. ¿Qué precauciones deberian tomarse para conservar la reconquista, cono-

cido el espíritu de independencia difundido entre sus naturales? Las medidas de rigor llevan consigo las sospechas y la persecucion contra todos aquellos sujetos comprometidos en la revolucion, y siendo estos en gran número, necesariamente se juntarán y conspirarán. Para seguir un sistema contrario, esto es dar pruebas de un olvido absoluto de lo pasado, es menester conferir á los mejicanos los principales cargos, es menester no dar lugar á la menor desconfianza ni mala inteligencia, y esto es absolutamente imposible á un general que se vé rodeado de conjuraciones, porque estas no basta castigarlas, es necesario prevenirlas. Todo gobierno ocasiona descontentos, y en ninguna parte son en tan gran número como en un país reconquistado, mayormente cuando media la ánimosidad y encono que existe entre americanos y españoles, como un efecto consiguiente á la larga disputa en que nos vemos envueltos. No bastaría que los españoles hiciesen milagros en América, basta sí que hayan nacido en España para que sea malo todo lo que hagan. El baron de Humbold habló como un profeta cuando dijo que si un virey español hiciese la independencia, no le perdonarian á pesar de esto los americanos el haber nacido en España; lo que se ha cumplido en Méjico al pié de la letra en los generales Negrete y Echávarri. Acaso úni-

camente V. M. hubiera podido mantener la reconquista trasladándose á Méjico, y estableciendo allí su corte; pero llegando á esta suposicion ya se sale de la cuestion, porque de este modo se satisfaría el voto esencial de los americanos, que es el de tener un gobierno soberano dentro de su territorio; siendo cierto que si en 1808 V. M. y real familia se hubiesen trasladado á sus dominios de América, no hubiera habido insurreccion, y Méjico, Venezuela y el Perú serían hoi monarquías poderosas. Mas aún este tiempo pasó. La última espedicion de la Havana, precedida de proclamaciones á nombre de V. M., en que sin rebozo se manifiesta el objeto ostensible de una absoluta reconquista, ha quitado á V. M. hasta la esperanza última de colocar en el trono mejicano á un príncipe de vuestra real familia. Esta idea que se adoptó con general complacencia por los mejicanos en el plan de Iguala, ya no seria asequible en el dia, porque aún los hombres mas moderados de aquel país no se persuadirán de la sinceridad de las propuestas españolas; mirarán con desconfianza toda intervencion de la corte de Madrid, aún cuando fuese favorable á sus opiniones políticas, y preferirán sufrir los males pasageros de la anarquía, á poner en riesgo su independencia. Si el destino de las colonias españolas es el de convertirse en

monarquías, estas se formarán por efecto de las vicisitudes de su revolucion, sin que en nada entre el influjo español que rechazarán todos los partidos. La manifiesta é invariable resolucion de vuestro gabinete de reconquistar la América, ha llevado las cosas al estremo en que ninguna negociacion será oida que no contenga por preliminar el reconocimiento puro y simple de la independencia, sin pretension á arreglar las diferencias de los americanos, en lo cual por otra parte ningun interes tiene España, ántes bien el empeño de influir en su administracion interior podria causar muchos perjuicios al comercio español; y por eso el sabio gabinete de san James ha adoptado por principio en sus negociaciones con América una absoluta indiferencia en punto á sus cuestiones interiores, limitando su política á la proteccion del comercio británico en aquellos paises; y esta línea de conducta es la que aconseja la sabiduría, porque la política americana girará en una esfera tan distante de la europea, cuanto lo estan unos poderes de otros. La independencia absoluta de América es pues un resultado natural del voto unánime de sus naturales; está escrita con caractéres indelebles en el fondo de sus corazones, y una vez pronunciada no hai fuerza humana que pueda hacerla callar por mucho tiempo. Los lazos mas fuertes

de la sangre no han podido separar, aún á los americanos de mas tiernos afectos hácia sus padres, de una idea que ya está ligada, digámoslo así, con su existencia. La discordia americana se estiende solamente á la forma de gobierno, y es causada por la pugna que existe entre las teorías republicanas, y sus costumbres y pasiones enteramente monárquicas. Pero no molestaré mas la atencion de V. M. sobre este punto; pasaré pues á esponer las razones en que se funda mi segunda proposicion respecto á los perjuicios que sufre España en dilatar la resolucion de este gravísimo asunto.

Señor, los pueblos sabios de la antigüedad no fundaban colonias por el interes ilusorio de dominarlas, sino por estender su comercio, que debe ser siempre grande entre pueblos de costumbres idénticas, y por formarse aliados ligados por los mas fuertes lazos de la sangre, lengua y religion. Los modernos creyéron que sería mas seguro el dominio de las colonias, y el monopolio de su comercio, aunque es sabido que en los consejos de Carlos V no faltó quien opinó porque se diesen gobiernos independientes á las conquistas de Cortes y de Pizarro. Pero prescindiendo de los efectos del sistema esclusivo y de dominio, seguido hasta que estalló la insurreccion de América, lo cierto es que las colonias

españolas en la actualidad, despues de efectuada su independencia, presentan el campo mas ventajoso que la imaginacion podia ofrecer á la industria de la Península. Los naturales de esas hermosas regiones, en medio de su animosidad política contra la dominacion española, son españoles en cuanto á sus gustos y costumbres; y de aquí nace la decidida preferencia que se da en América á los productos de España. De Méjico particularmente puedo decir con esperiencia que todos los frutos de la Península y casí todas sus pocas manufacturas son preferidas : el vino, el aguardiente, el papel, el fierro, las sederias, ramos principales de aquel comercio, y otros muchos artículos nunca se hubiesen importado de otra parte que de España, á no ser por la guerra que ha motivado la negativa del reconocimiento de la independencia. El deseo de conservar esta, y su resentimiento por las disposiciones hostiles de España, prevaleció sobre los gustos de sus naturales, y así como los colonos ingleses quemáron el té al principio de su insurreccion, los colonos españoles prohibiéron la importacion de los frutos y efectos de la madre pátria, á quien con esto han hecho una guerra demasiado eficaz por desgracia. De esta prohibicion se han aprovechado perfectamente los estrangeros, y con gran ventaja de su industria

han abastecido á las colonias españolas de los mismos frutos que ántes iban de la Península. Si el comercio es el sol que vivifica la industria, si esta solo necesita un estenso consumo para prosperar hasta un grado á que nuestra imaginacion no puede alcanzar, calcúlese el mal que la privacion del comercio de América ha causado á la industria española. Pero el mal no es solamente momentáneo, sino de una trascendencia que llorarán las generaciones futuras. Pasados ya ocho años en una completa incomunicacion de España con América, sus naturales, obligados por las circunstancias, van mudando sucesivamente de costumbres, y aficionándose á aquellos frutos estrangeros que ántes miraban con desprecio en comparacion con los españoles. Así he observado en Méjico declinar cada año la preferencia de los productos de la Península, y recibirse mejor al consumo iguales artículos del estrangero; de manera que siguiendo en esta fatal incomunicacion algunos años mas, cuando al fin entren en concurrencia los españoles, se encontrarán con la desventaja que correspondia á los estrangeros. No negaré que á pesar de la guerra y de las prohibiciones se han introducido en América frutos españoles, pero es en una pequeñísima parte respecto á las inmensas cantidades que se introducirian si se pudiesen llevar sin obstáculo

de los puertos españoles, y aún estas pocas introducciones han ido recargadas por los rodeos y gastos consiguientes y por el riesgo de la confiscacion, que nunca deja de pagarse en el comercio. Privaciones de esta clase son para una nacion golpes mas funestos que la destruccion de un ejército ó de una escuadra, porque son obstáculos radicales que se oponen á los progresos de la industria agricola y fábril, fuentes de toda riqueza y de todo poder. Por eso, se vé actualmente con dolor que los mismos capitalistas, espulsados de América, prefieren á los puertos de su pátria los estrangeros, porque en estos tienen un ilimitado comercio en que emplear lucrativamente sus capitales, y el hombre cualesquiera que sean sus opiniones solo busca su interes. En vano pues V. M., con la intencion mas laudable, ha concedido una generosa franquicia al puerto de Cadiz, porque mientras subsista en incomunicacion con América será muy poco frecuentado. No quisiera hablar del estado lastimoso en que se encuentra la marina española. Esta bandera, que en otro tiempo recorria con honor los mares, apenas se la encuentra hoi en el Oceano; y aún para llevar algunos frutos á la Havana prefieren los mismos españoles á los buques estrangeros. ¿Y esto porqué? porque los estrangeros no tienen enemigos que temer, y los

españoles se ven perseguidos por los corsarios independientes, para cuya destruccion no basta la armada de V. M., ni bastaría aunque fuese mucho mayor, porque los corsarios se disfrazan y eluden de mil maneras el encuentro de los buques de guerra. En este punto se ha observado alguna tregua últimamente por haber recogido Bolivar las patentes de corso, con el fin político de atraer á V. M. al reconocimiento de la independencia de Colombia; pero es muy de temer que mude de conducta en vista de la espedicion que se ha dirigido contra Méjico. Así es que interin subsista la guerra actual no hay que esperar que resucite la marina mercante de vuestros súbditos, porque todos los avantureros del mundo pueden apresar impunemente á los barcos españoles, con patentes de corso que los mismos soberanos amigos de V. M. reconocen por legítimas. Por todos los aspectos que se mire esta guerra, no ofrece al juicio del hombre reflexivo otra cosa que desastres y miseria para España, en cambio de ilusiones de conquista que la esperiencia ha puesto fuera del órden posible; y por eso senté en mi tercera proposicion que esta guerra es impolítica y contraria al mismo fin que se propone.

El objeto de la guerra no es ni puede ser otro que el restablecimiento de un comercio

ventajoso con América; y si este comercio puede lograrse por medio de la paz con mas ventajas y estension que ántes de la independencia, sin ninguna carga onerosa; si la guerra solo ocasiona el sacrificio de la juventud que se arranca de las ocupaciones mas útiles, y de los millones que sacaria anualmente de América la agricultura é industria española, ¿por qué fatalidad se sigue corriendo á un abismo que está á la vista de todo hombre pensador? Porque únicamente nosotros no lo vemos; porque estamos preocupados y resentidos de la guerra que nos han hecho los americanos, y porque las pasiones y el hábito del dominio esclusivo nos ciegan hasta tal punto que no vemos ni queremos ver lo que todo el mundo vé. De aquí nacen las consecuencias erróneas que deducimos de los sucesos que actualmente ocurren en América. Vemos la anarquía y la guerra civil en Méjico; sabemos que hay allí un partido descontento del actual órden de cosas, y que se ha opuesto á nuestra espulsion, y al momento inferimos que desean, que imploran la restauracion del dominio español. Pero, Señor, está muy léjos de ser así: ese partido moderado de Méjico ama la independencia de su pátria con tanto ardor como sus antagonistas, á quienes á esta ahora estan sinceramente unidos en defensa del interes comun. Se opusiéron á la espulsion

de los españoles por principios de equidad, por convencimiento de que los residentes allí eran inocentes, y porque calculando contraria á su prosperidad la salida de los capitales españoles, no creían necesarios estos sacrificios para la conservacion de la independencia; y estos motivos no incluyen de ninguna manera la adhesion que se supone al dominio español; al contrario son hijos del mas puro amor á la independencia y engrandecimiento de su pátria. Sin embargo de esto no deconozco cuan sensible será á V. M. confirmar la separacion de unas provincias, cuyo imperio heredó de sus augustos progenitores; pero si bien se considera aquellas remotas provincias léjos de añadir fuerza ni verdadera riqueza al imperio español, han sido causa de su decadencia y orígen de muchas guerras, en que siendo necesario diseminar las armas españolas por tan grande estension de territorio, se han encontrado por este solo hecho debilitadas; y si esto ha sucedido en tiempos en que aquellos naturales vivian contentos bajo el cetro español, ahora que piensan de distinto modo, ahora que solo por la presencia de fuerzas superiores se conservarian sumisos, ¿qué especie de poder añadirían á vuestra corona? Por el contrario, serian causa de su progresiva debilidad, porque incesantemente seria menester enviar tropas á Amé-

rica, y esta sima sin fondo minaria los cimientos de vuestro mismo trono. ¡Ah, Señor! este es un círculo vicioso en que no se encuentra salida.

En los resultados que se siguiéron á la emancipacion de las colonias inglesas, encontrarémos una leccion tan útil como consoladora para calcular las ventajas ó desventajas de la independencia de las nuestras. En aquel tiempo se creía generalmente que á la emancipacion de las provincias norte-americanas se seguiría infaliblemente la decadencia del comercio y poder británico; y cabalmente sucedió todo lo contrario, pues que á poco despues de hecha la paz se reconoció que el comercio de la Gran Bretaña se habia duplicado y triplicado con sus colonias independientes; y por eso decia en 1825 un político ingles que era infinitamente mas útil y glorioso para la Gran Bretaña ser la amiga y aliada de sus colonias independientes, que sostener un dominio tan estéril como sangriento sobre millones de descontentos y rebeldes súbditos. El comercio, Señor, libre de trabas é impuestos gravosos, es el que únicamente conduce á la prosperidad, y acrecienta prodigiosamente el poder de las naciones modernas. Pero este comercio, fundado en las conexiones y libre comunicacion de los pueblos entre sí, no se sostiene con solidez por la violencia, ántes al contrario esta nos trae

la enemistad de los demas, sus venganzas y sus odios, fuera de los sacrificios sin fin inseparables de un sistema de coaccion, contrario al interes general. Si V. M. quiere de veras fomentar la industria española, y conducir á la nacion por la senda de la prosperidad, es absolutamente necesario poner un pronto término á las hostilidades contra América. Por mas que se diga sobre el estado de incertidumbre política en que se hallan aquellos países respecto á su administracion, lo cierto es que los mas caros intereses de España reclaman con urgencia una medida decisiva. Los americanos se resisten unánimemente á volver al régimen vireinal; es impracticable su reconquista, luego prescindiendo de sus cuestiones interiores conviene apresurarse á disfrutar de las ventajas comerciales, únicas que la Europa puede sacar de América, y que deben apreciarse sobre todo por los verdaderos políticos. La cuestion de derecho aquí nada vale, porque en último resultado la historia nos enseña que todas las potencias del mundo se han formado por la espada. Así lo han declarado ya los mismos aliados de V. M.; y aunque hasta ahora se han mantenido neutrales, han reconocido un derecho político en los americanos, en el solo hecho de tratar con sus gobiernos y respetar sus banderas. La Gran Bretaña ha indicado

aún mas : ha declarado que su neutralidad no duraria siempre, y que en lo sucesivo obraria en esta cuestion segun le sugiriese su interes. La santa sede ha dado un paso de mayor trascendencia ; ha concedido la institucion canónica á los obispos presentados por el gobierno de Colombia, desconociendo así de hecho el patronato de V. M., y de consiguiente su soberania sobre aquel país, y dando una de las principales sanciones á la revolucion americana.

Todos los gabinetes saben que es imposible reconquistar la América, y miran con disgusto el estado de incertidumbre en que se encuentra. El mundo entero está contra nosotros en esta guerra, que si se prolonga ocasionará en breve una intervencion de las potencias marítimas, fundada sobre la base de la misma independencia que disputamos, cuyo desenlace será muy poco honroso á V. M. y á la nacion. Por mas que clamemos sobre los desórdenes de América, por mas que presentemos cálculos sobre los perjuicios que en lo sucesivo puede ocasionar á la industria europea la independencia americana, por mas que encarezcamos los estragos que la revolucion ha causado en aquellas regiones y la prosperidad que gozaban ántes bajo el cetro español (1);

(1) En el momento de escribir estas líneas he visto un papel publicado por el señor Canga Argüelles contra la independencia

la Europa piensa diferentemente : nadie cree que los desórdenes actuales de América duren largo tiempo, y de estos mismos desórdenes pasageros se culpa en gran parte al gabinete español, porque con sus aparatos hostiles mantiene la alarma en aquellos paises, les obliga á mantener ejér-

de América; y aunque no estraño que la opinion de los españoles se halle dividida sobre esta importante cuestion, estraño sí que el señor Canga, que gozaba alguna reputacion como político y como economista, sostenga aún el sistema de reconquista, funesto á España bajo el aspecto político, y mas funesto bajo el económico. Si las verdaderas concepciones políticas del señor Canga son las que ha sentado en su papel, no corresponden de ningun modo á su reputacion, y prueban mas bien una ignorancia vergonzosa del estado actual de cosas, tanto en América como en Europa, puesto que ningun hombre de estado deducirá las consecuencias absurdas que él deduce de los desórdenes acaecidos en América, ni ménos incurrirá en la pobreza de espíritu de invocar la legitimidad en una cuestion que se está ventilando por las armas, y en que las potencias marítimas se han esplicado ya bastante. No puedo creer que tales sean las ideas del señor Canga, sino que el deseo de congraciarse con el gobierno español y obtener un perdon, le ha movido á adular los proyectos de reconquista; y esto hace mui poco honor al señor Canga, porque el hombre de bien que ama á su pátria, ó se condena al silencio, ó únicamente toma la pluma para esponer la verdad á su Rey, la verdad en que tan interesados estan los príncipes como los pueblos. Pero no todos los españoles incurren en la debilidad del señor Canga. Otro mui amante de su pátria y que tiene bastante conocimiento de Méjico ha espuesto con valor la misma opinion que yo siento en este escrito sobre la independencia de América. (Vease la *Esposicion dirigida al Señor don Fernando VII*, en 5 de diciembre del año p^{mo}. p^{do}., impresa en esta ciudad, en casa del señor *Lawalle*.)

citos que les son gravosos y perjudiciales, y da en fin pretestos plausibles á los facciosos para escitar insurrecciones. La Europa desea pues que cuanto ántes se consolide la independencia de América, que prosperen y se civilicen los nuevos Estados, para que así produzcan y consuman mas, que son las sólidas bases del comercio ventajoso á las naciones.

Quizá serán desagradables á V. M. estas aserciones; pero considerad, Señor, que el mal no está en esponerlas, sino en que tal es la naturaleza del estado actual de cosas. No me anima ciertamente ningun espíritu de partido, ninguna opinion política contraria á los derechos de V. M.; deseo únicamente que V. M. se penetre del estado real de la disputa con América; y convencido de la imposibilidad física de su reconquista, quisiera que mi Rey condujese honoríficamente este negocio al inevitable resultado que al fin ha de tener. Dichosos los españoles el dia en que V. M. los reconcilie con América, prescindiendo magnánimemente de unos derechos que la irresistible fuerza de las cosas ha caducado. La paz con América traerá á España mil bienes; pero esta paz, esta recuperacion de un comercio rico y estenso solo podrá conseguirse reconociendo la independencia y ajustando los tratados correspondientes. Hasta el dia en que V. M.

adopte esta gran resolucion, no hai que esperar prosperidad para España; al contrario, privada del comercio que con tanta ventaja podia hacer, retrogradará al estado de agricultora ó á la infancia de la civilizacion, causándola esta decadencia una diminucion de poder enorme respecto á los progresos que incesantemente hacen las potencias vecinas.

Si V. M. juzga indecoroso á su alta dignidad abrir tratados de paz con los que fuéron sus súbditos, en medio de la poca solidez que todavía tienen sus gobiernos, todo puede conciliarse pronto y bien adoptando la mediacion de vuestros poderosos aliados. Esta mediacion seria honrosa, y la intervencion forzada no. Pero cualquiera espediente que se adopte, el tiempo nos hará ver los incontrastables fundamentos con que he sentado que la independencia de América es irrevocable. ¡ Plegue al cielo que V. M. se persuada pronto de esta importante verdad ! es urgentísimo conocerla.

Poned, Señor, un término generoso á esa guerra entre padres é hijos, guerra de consiguiente inmoral, sin gloria y sin provecho. Los americanos son nuestros hijos; nuestra sangre corre por sus venas, y la sienten; pero con dolor se ven forzados á hacernos una guerra cruel, porque les negamos una emancipacion á

que la naturaleza les llama, y que todo el mundo aprueba. Los hombres son hoi bastante ilustrados para apreciar las acciones de los príncipes por sus buenos o malos resultados. Los laureles de la victoria humean con la sangre humana; pero la oliva de la paz que V. M. tiene en sus manos, la reconciliacion y benevolencia mutua que V. M. puede difundir con una sola palabra en la gran familia española de ámbos mundos, atraería á V. M. una gloria inmarcescible; y las generaciones futuras, gozando en paz del comercio inmenso que existirá siempre entre pueblos de un mismo orígen, repetirán con placer el nombre de V. M., que cimentó una paz de tan grandes resultados.

El reconocimiento de la independencia de América no es un acto de debilidad, lo es sí de sabiduría; por eso me atrevo á proponerlo humildemente á V. M.

Burdeos, 1°. de setiembre 1829.